

so, agigantada como los navios que aparecen en el límite del horizonte al declinar la tarde. En el Monte Janículo, que acababa de recorrer y del que ya me separaba toda la estension de Roma, blanqueaba todavía la nieve. El Tiber amarillento había tomado un blando tinte de ópalo, y los cipreses de *Villa Corsini* se ennegrecían y parecían cada vez mas altos, á la manera de espectros salidos de la tierra para tender sobre el mundo las sombras de la noche.

¡Hora sublime de patéticas emociones!—La niebla empezaba á envolver á la ciudad de los siglos.—La realidad se borraba tambien á los ojos del viajero, y otras regiones, y otros tiempos, y otras ciudades se presentaban á mi imaginacion.—Las campanas que resonaban allá abajo hablaban el idioma de la remota patria... La gente que bullía en torno mio tomaba la forma de seres conocidos, de prendas inolvidables...

Una hora despues, es decir, hace dos horas, me hallaba rodeado de españoles.—La dolorosa alucinacion que me angustiaba en la cumbre del *Monte Pincio*, había sido como una profecía, como un presentimiento de la consoladora escena con que ha terminado mi día de hoy.

Esta escena ha tenido lugar en el *Café Greco*, punto de reunion, como ya te he anunciado, de casi todos los artistas extranjeros que residen en Roma.

Allí tienen una sala particular los artistas españoles: allí he encontrado á mi antiguo amigo el escultor VILCHES; al pintor de batallas, FORTUNY, á quien conocí en Africa, pensionado hoy por la ciudad de Barcelona; á DIOSCORO PUEBLA, pensionado por nuestro gobierno, y pintor de gran porvenir, autor de unas *Bacantes* que acaban de ser premiadas en la Esposicion de Bellas Artes de esa villa y córte y ocupado hoy en bosquejar dos cuadros: *Las Hijas del Cid* y *San Pablo convirtiendo á una cortesana*; á FIGUERAS, escultor catalan, que ha creado, dicen, una bella estatua de *doña Marina*, la amada de Hernan-Cortés; á PALMAROLI, pensionado por los reyes de España y que pinta un cuadro de devocion que se elogia mucho; á DON ALEJO VERA, pensionado particular, que bosqueja un cuadro, el *Martirio de San Lorenzo*, destinado á la futura esposicion española; á MARCIAL, á FRANCÉS, á ROSALES, y á otros cuyos nombres no recuerdo: allí he visto tambien á un jóven fotógrafo vascongado, el SEÑOR MOLINS, cuyo establecimiento tiene gran nombradía en Roma; á DON FERNANDO FERNANDEZ DE VELASCO, agregado á nuestra embajada, persona de gran instruccion é ingenio; á mi querido amigo el delicado poeta AMOS ESCALANTE; al SEÑOR BALEZ, agregado tambien á la embajada española; al distinguido compositor catalan DON MARIANO SORIANO FUENTES; á los SEÑORES ARNAU y GUARDIOLA, empleados en los ferro-carriles romanos, que se construyen por nuestro célebre compatriota el señor Salamanca; al presbitero DON RAMON PUJOLS, escelente sugeto, capellan de la iglesia de Monserrate, y en fin, á otros varios españoles, *dispensandos* en su mayor parte.—No estaban allí ya (pero si estaba su recuerdo) GISEBERT y CASADO, ó sean los autores de los *Comuneros* y de los *Carvajales*: uno y otro artista partieron hace poco tiempo para España, llevándole dos obras que, segun he visto en los perío-

dicos, han llenado de orgullo y regocijo á la patria de Zurbarán y Velazquez. Tambien te recordaban á tí,—y te lo digo directamente, porque sé que has de leer el libro de que formará parte esta carta;—tambien te recordaban á tí en el *Café Greco*, ¡oh GERMAN HERNANDEZ, mi buen amigo, que pasaste allí tantos años, de codos en aquellas mesas, dejando fluctuar tu espíritu entre las ilusiones del arte y las melancólicas memorias de la patria; á tí, el idólatra de la belleza pagana, que no supiste abandonar á Roma sin hacer de una de sus hijas la compañera de tu existencia!... Allí te recordaban y allí te recordé, porque muchas veces me habias hablado de aquel ahumado templo de tus ilusiones de artista!

Desde el *Café Greco*, donde he permanecido dos horas, creyéndome en el Café Suizo de Madrid, y donde hemos pasado revista á media España, me he venido al hotel, mas triste aun que me encontraba esta tarde en el Pincio...

Es el presentimiento del día que me espera mañana... ¡Mañana, día de Noche-Buena!

V.

La Noche-Buena en Roma.

...«Noche bendita!... cantan los niños sencillas y tiernas coplas; rien los padres tristes, y hablan los taciturnos; bendicen á Dios las mujeres abandonadas, al ver una mirada de amor en los ojos del esposo... y en tanto los viejos, que ya no existen como actores de la vida, sino como testigos de la vida de otros, casi se consuelan de la proximidad de la muerte, al encontrarse reproducidos en sus hijos y en sus nietos...»

Creo que no ignoras, amigo mio, el recogimiento y el respeto con que saludo yo todos los años el día de Noche-Buena. Para mí es esta la mas santa efeméride de la vida; un religioso aniversario que celebran todos mis afectos en el ara de la memoria; la fecha en que recapitulo mi pasado, desando mis años uno á uno, evoco á mis muertos queridos, busco con la imaginacion á mi familia y vivo mentalmente en su amoroso seno; la fecha tambien en que dirijo al porvenir una inquieta mirada, queriendo descubrir entre las vagas sombras de los años futuros la fórmula de mi destino, mi familia venidera, la *desconocida* que ha de ser mi esposa, los seres que serán mis hijos, la casa que presenciara mis patriarcales goces de la vejez, la tumba que recogerá mi cadáver...

Mas de una vez he escrito y publicado mis solemnes emociones de este día. Hace cinco años apareció *La Noche-Buena del poeta*, en que lloré la soledad del hijo-pródigo que busca afanado un techo amigo bajo el cual pasar la noche pascual y no lo halla: mas tarde publiqué unos *Episodios de Noche-Buena*, en que pintaba las alegrías de los hijos de Madrid durante todo el día de hoy: el año pasado, en fin, tracé á la luz de una hoguera, en los montes de Africa, unos párrafos que titulé *La Noche-Buena del soldado*.

En todos esos escritos he consignado ya cuanto pudiera decir aquí acerca de lo que experimenta el que vaga por el mundo como un ave de paso, cuando, al

marcar el reloj del tiempo éste melancólico aniversario, recuerde el alma los tranquilos días de la niñez, las dulzuras del hogar paterno y tantos años perdidos en la vanidad de efímeros placeres.—Yo te refero, pues, á aquellos escritos, y me limitaré hoy á contarte todo lo que he hecho y pensado desde esta mañana hasta ahora que es la una de la noche.

La mayor parte del día la he pasado en la antigua Roma. No sé qué instinto dramático me había advertido que debía hoy remontar la historia del mundo, y revolver el polvo de la edades paganas, para venir á parar á la noche al Nacimiento de Jesús, al albor de la nueva era, á la cuna de cristianismo.

Fuíme, pues, muy temprano al *Capitolio*, en cuyos palacios entré, así como en su magnífico *Museo*; y allí cebé mi vista en grandes obras de la antigüedad, estatuas, bustos, bajo-relieves, tumbas, lápidas, restos de todo género de una civilización hundida: allí tuve frente á frente las efigies de piedra de muchos emperadores y guerreros de Roma: allí encontré también á algunos grandes hombres griegos: Homero, Sófoles, Aristóteles, Diógenes, Epicuro, Alcibíades...: allí la estatua colosal de *Julio César*, la sola que se cree auténtica entre las muchas imágenes que quedaron del conquistador: allí el célebre *Caballo desgarrado por un León*: allí la *Loba antigua* dando de mamar á Rómulo y Remo: allí el famoso *Gladiador moribundo*, una de las obras más bellas del ingenio humano; allí los dioses de Grecia: allí los héroes fabulosos: allí los escritores... ¡allí todo un mundo! y sin embargo, aquel *Museo*, comparado con el del *Vaticano*, que ya veremos, no es, según me dijo el conserje, sino lo que una aldea comparada con Roma!

De camino vi la *Galería de pinturas*, donde hay muchas obras maestras, siendo la principal la renombrada *Santa Petronila* de Guercino... Pero después de haber permanecido tanto tiempo en compañía de las nobles esculturas de la gentilidad; después de haber recorrido la *Sala de los Emperadores*, la *Sala de los Filósofos* y la *Galería de Bustos*, mi alma no se hallaba templada para sentir ni comprender las excelencias de las artes de otra civilización.

Así, pues, pasé ligeramente por la *Galería de Pinturas* y me hice llevar á un *Gabinete reservado*, donde se hallan tres prodigios del arte griego, inspirados por la más refinada voluptuosidad, y como tales, negados á la contemplación pública.

Estos tres prodigios son la *Venus Capitolina*, *Psiquis y el Amor*; y *Leda y el Cisne*.

Desde el *Capitolio* fui á la *Roca Tarpeya*, que como dijo Mirabeau, *no dista de aquel más que un paso*.

El salto de la *Roca Tarpeya* ha dejado de ser mortal. El abismo que se abría á sus plantas ha subido cuarenta pies con los escombros de los siglos, y sobre estos escombros se han edificado algunas pobres casas, cuyos tejados casi se tocan con la mano desde la antes formidable altura.

Un humilde hortelano es el dueño de la antigua *Roca*, convertida ahora en

una especie de jardín babilónico ó más bien de *terrasse*, plantada de berzas.

Trabajo le costó á mi imaginación ennoblecer aquel sitio, á fuerza de discorrir en las grandes escenas que allí habían pasado. Pero una vez mi espíritu en tensión armónica con los hechos, busqué con la vista la tumba de la infame *Tarpeia* y el lugar por donde fueron precipitados el tirano *Manlio* y tantos traidores á la patria. Y nada encontré, ni nada pudo reconstruir mi fantasía, que hubo al fin de contentarse con recordar la tragedia de Antonio Lafosse, *Manlius Capitolinus*.

En seguida bajé al *Foro*. Los blancos fantasmas que había vislumbrado anteanoche á la luz de la luna, aparecieron á mis ojos en toda su fría realidad. Rotas columnas, capiteles hundidos en el polvo, trozos de elegantes cornisas, todo volvió á excitar mi admiración; pero no ya como espectros de generaciones que abandonaban la tumba, sino como muestras patentes de la cultura artística de un gran pueblo.

Pronto pasé cerca de las ruinas del templo de Saturno, donde se hallaba el tesoro de Roma en tiempo de la república, aquel tesoro amasado con la sangre y el sudor de tantos pueblos vencidos, y robado más tarde por César y por su hijo y matador.

Dejé atrás los esqueletos insepultos de otros famosos templos; los arcos levantados en honor de grandes triunfos, que sin auxilio de tales monumentos, ha eternizado la historia; la gigante mole del *Coliseo*, que no me impuso menos á la luz del sol que al rayo misterioso de la luna, y por último, abandonando la *Via Sacra*, camino trazado por monumentos de gloria, pasé bajo el arco triunfal de *Constantino*, puerta simbólica que dió solemne entrada al cristianismo en la gran metrópoli pagana y me dirigí en busca de las *Termas de Caracalla*.

Nada más imponente que aquel gigantesco edificio, adonde acudía todo el pueblo romano á bañarse, á comer y á solazarse en varios juegos (todo por cuenta del Estado), mientras era hora de entrar en el Coliseo á cebar sus ojos en el sangriento espectáculo de las luchas de hombres y de fieras. En aquellas *Termas*, que no eran las mayores de la ciudad, había hasta 1,600 sillas de baño, todas de mármol pulimentado, salones de espectáculos, tertulias, y en fin, cuanto puede comprender, aunque en mayores proporciones, el más *confortable club* de Londres.

Hoy solo queda de tanta grandeza una confusa amalgama de ruinas descomunales; bóvedas agujereadas por donde se ve el cielo; arcos enormes que se sostienen aun después de haber desaparecido los pilares en que se apoyaban; recios muros vestidos de rosales silvestres; pavimentos de mosaicos de serpentina, pórvido y otras riquísimas piedras, y sobre todo la asombrosa planta del edificio dentro de la cual se alzarían con holgura no una, sino varias de las construcciones modernas que pasan por colosales.

De las *Termas* fui á la *Tumba de los Escipiones*, descubierta en 1780 en una viña próxima á la puerta de San Sebastián. Muchos preciosos objetos de arte se encerraban en aquella catacumba abierta en un terreno volcánico; pero todos

han sido trasladados al gran Museo Pontificio. Harto se ha disputado sobre si los Escipiones enterrados en aquel lugar son ó no son los mismos que conquistaron el Africa y la España y tantos otros países. Como quiera que sea, yo he leído en una de las lápidas que allí se conservan, estas palabras, que me han inspirado tanta indignacion como orgullo (indignacion, porque la catástrofe de Numancia no puede llamarse vencimiento, y orgullo, porque eran los *Romanos* los que se engreían de tales triunfos): ESCIPION, VENCEDOR DE ESPAÑA.

Pocos pasos mas adelante y en otra viña, famosa en los mercados de Roma por sus esquisitos frutos, encontré los célebres *columbarios*, cuyo descubrimiento dió tanta luz á la historia y á la filosofía para comprender muchos hechos, identificar fechas y nombres y penetrar en el espíritu de las costumbres romanas.

Los columbarios—su nombre lo dice—son una especie de *palomares*, ó por mejor decir, son una reduccion ó miniatura de los cementerios modernos contruidos por el sistema de nichos abiertos por pisos en las paredes. Estos nichos no se hallan murados: dentro de cada uno hay unas como cajitas de mármol, y á veces á la manera de ánforas, en cuya tapadera se lee el nombre del mortal cuya ceniza está allí guardada.—Escusado es decirte que al hablar de ceniza no uso mi estilo figurado, pues ya sabrás que los romanos quemaban los cadáveres envueltas en una túnica de amianto hasta convertirlos en pavesas con el fin de hacer mas cómodo su trato familiar y frecuente con los restos de los finados.

De todo lo que hasta ahora he visto en Roma, nada me ha impresionado tan viva, tan verdadera, tan crudamente como estos singulares cementerios. Descubiertos en 1831 y en un pueblo acostumbrado ya á respetar los monumentos de pasadas civilizaciones, los columbarios permanecen intactos, tales como se encontraban hace miles de años cuando su piadoso guardador los cubrió de tierra para ocultarlos á la profanacion de sacrilegos invasores, tales como el arado de un pobre labrador los hizo aparecer de nuevo á la (absorta) vista de nuestra generacion. Asi es que allí se ve á la antigüedad palpitante, auténtica, fehaciente. La lámpara de bronce pende del techo: las cenizas no turbadas todavía reposan en el fondo de las ánforas, y mi mano ha sido la primera, al cabo de tanto tiempo, que ha ido á removerlas como diciéndoles ¡despertad!; las paredes se ven cubiertas de pueriles pinturas al fresco que representan por lo regular guirnaldas de flores; dentro de los nichos se ven jarros, ídolos, lámparas de tierra y otros objetos curiosos: en un solo columbario he contado hasta 600 urnas cinerarias, alguna de las cuales, segun su epitafio contenia confundido el polvo de una familia entera... ¡Santo depósito de dolores y memorias, de supersticion y de cariño, confusa mezcla de seres, como emblema de aquel pueblo en que se confundia un mundo! ¡A qué solemnes consideraciones no se prestaba aquel pequeño recinto en que se veian espuestas como una simple curiosidad arqueológica tantas historias, tantas vidas! Allí estaban mudos, escarnecidos, desamados tantos y tantos hombres...

Al salir de los *Columbarios*, ví á lo lejos un largo camino adornado á un lado y otro de blancos y ruinosos monumentos.

Aquellas dos hileras de destrozados mármoles se perdian en el horizonte, con direccion á Albano.



San Juan de Letran.

Era la *Via Apia*, á la cual me encaminé.

Los monumentos que se veian en él y que llegarían á mil, eran también tumbas de antiguos romanos.—Aquella fúnebre calle, sembrada de sepulturas, me trajo á la imaginacion los caminos de las pagodas indias, cubiertos de huesos de peregrinos...

¡Cuánta melancolía en todo lo que iba viendo! En torno mio se dilatava una

estéril llanura interrumpida á veces por los enormes esqueletos de los antiguos acueductos, que parecian tambien sepulcros incommensurables! ¡Sepulcros por todos lados! ¡Ceniza humana do quier!

Cerca de mí se levantaba la iglesia de *San Sebastian*, por donde se baja á las *Catacumbas*, á la vasta ciudad subterránea, atestada tambien de sepulcros; al asilo de los primeros cristianos; á la casa y panteon de los mártires...

No me atreví á entrar. Mi visita á las *Catacumbas* debe ser objeto de una peregrinacion especial. Hoy agitaban ya mi espíritu demasiadas sensaciones para que pudiera entregarse completamente á la religiosa poesia de tan venerandos recuerdos.

Di, pues, la vuelta á Roma, no sin subir antes al Monte Palatino y visitar las ciclopeas ruinas del *Palacio de los Césares*, de la *Domus Aurea* de Neron.

La ciudad de Roma habia empezado en aquel mismo Monte en que se alzó luego el mas soberbio testimonio de su grandeza. Fue, pues, siempre aquel un lugar sagrado, que resumia la historia de la reina del mundo.—Allí levantó Rómulo el primer techo romano: allí vivió Augusto: allí espiró el imperio en las mas escandalosas disipaciones.

Cuando entré en la ciudad moderna, eran ya las cuatro de la tarde.

Todas las tiendas estaban cerradas: circulaban muy pocos coches: apenas se veia gente en las calles, y la que me encontraba, iba cargada de compras ó de aguinaldos.

La gran preocupacion de los romanos, como de todo el mundo católico, era en aquel momento la colacion de Noche-Buena.

A las ocho de la noche, todas las calles estaban desiertas; todas las iglesias atestadas de gente.

Luego quedaron tambien solitarias las iglesias, y la gente se refugió en sus casas.

Yo me encontré solo en la calle.

Eran las nueve.

Todas las familias estaban reunidas, todos los hogares calentaban, todos los corazones contaban con otro corazon en que depositar sus alegrías ó sus penas...

Yo, movido por una invencible inclinacion, encaminé mis pasos á la plaza de España y me paseé largo tiempo á la puerta de nuestra embajada, al amparo del escudo de Castilla.

Pronto vino á reunirse otro paseante solitario.

Era mi amigo, mi compañero de viaje, mi compatriota Caballero, á quien no habia visto en todo el dia, y que, impulsado por una tristeza idéntica á la que á mí me dominaba, iba á buscar allí el mismo remedio,—¡á soñar con la patria y con la familia!

No hay elegia tan triste, ni cancion tan patética, ni égloga tan dulce y tan suave, como el diálogo que en casos como este entablan dos hermanos de desierto. Andalucía, nuestra tierra comun, fue evocada por nuestras tiernas memorias. Aclaróse la noche y desvaneciése la distancia.—Las ciudades, los campos,

los cortijos, las familias pobres y las acomodadas, los viajeros que hacian alto en las ventas del camino, todo apareció á nuestros ojos, tal como se encontraria en aquella solemne hora. Y los cantos populares, y las costumbres de cada pueblo, y los manjares acostumbrados, y las tradiciones de una y otra casa, y la enumeracion de su familia y de la mia, fueron el objeto de una sabrosa y larga plática, eco fiel de la que tuvimos ántes de abandonar á Florencia.

Esta conversacion era interrumpida á cada instante, ó por mejor decir, iba acompañada continuamente de este pensamiento:—«Nuestras familias saben que estamos en Roma.»

Y el augusto nombre de Roma suscitaba un orden mas elevado de pensamientos, que se sucedian en nuestra imaginacion paralelamente con las otras ideas enunciadas.

Cuando vino el Mesias, hace esta noche 1860 años, Roma dominaba en Jerusalem. Hoy es Roma la metrópoli del cristianismo...

El recuerdo de la visita que esta mañana habia hecho á las ruinas del imperio, mantenía viva en mi imaginacion á la ciudad eterna bajo su aspecto gentil: créame, pues, en el siglo de Augusto, en la Roma de los Césares, y desde tal punto de vista, me parecia que esta noche era, no el aniversario del nacimiento de Jesus, sino la misma en que se verificó este misterioso acontecimiento.

Y busqué en el límpido espacio la bendecida estrella que vieron los pastores. Y el silencio de la ciudad de los siglos me representó la suspension de júbilo que, segun los Santos Padres, esperimentó el universo en aquella sublime hora. O mas bien lo traduje como el miedo de la antigua civilizacion, condensada entonces en Roma, al presentir que acababa de venir al mundo Aquel que debia hundir los templos y los alcázares del error y de la abominacion...

Estas ideas acabaron por eclipsar en nuestra alma los melancólicos destellos de nuestros remotos hogares...—Nace nuestro Dios, dijimos, y nace para vencer y dominar á esta corrompida Roma. Regocijémonos al abrigo de nuestros templos, bajo el techo de la casa de todos los fieles, al amor del hogar que se enciende esta noche por primera vez en la distante Judea.

Y hablando, ó pensando, ó sintiendo así, encaminamos nuestros pasos á *Santa María la Mayor*, una de las cuatro basílicas que tienen *Puerta Santa*, la principal de las iglesias consagradas en Roma á la Virgen María, fundada en el siglo IV del cristianismo.

Para ir á aquel templo, pasamos por una confluencia de calles, llamada *Plaza de las Cuatro Fuentes*, situada en la cima del Monte-Quirinal.

Cada una de las fuentes que dan nombre á aquella plaza, adorna la esquina de un palacio.

El principal de ellos es el *Palacio Pontifical del Quirinal*, residencia de los papas durante el verano.

Al otro lado vemos una magnífica casa, profusamente iluminada, de mas alegre aspecto que suelen presentar los palacios de Roma, y en cuyo espacioso portal habia algunos criados con lujosas libreas.

Era la residencia de la reina Cristina, de la madre de la reina de España.

Allí había esta noche una gran cena, á la que asistían muchas familias españolas. Tal vez aquellos criados eran compatriotas nuestros. La luz de aquel portal calentaba nuestro corazón, como si, mas que luz, fuese fuego; como si fuese un hogar de la ausente patria.—En el extranjero no se sienten las iras de las discordias civiles.—El muro de aquel palacio nos fue esta noche tan sagrado y tan querido, como poco antes el de la embajada de España.

Pasamos, y llegamos á *Santa María la Mayor*.

Las puertas de la insigne Basílica estaban todavía cerradas.—Se esperaba al cardenal que había de decir la *Misa del Gallo*.—Un pueblo inmenso aguardaba sentado ó paseándose bajo el noble pórtico de la iglesia ó alrededor de la gran columna corintia que se levanta allí cerca y que perteneció á la primitiva Basílica.

Hacia luna. El pueblo romano reía y cantaba. Muchos extranjeros vagaban de la columna al arrogante obelisco que se alza detrás del templo, en una vasta plaza. Nosotros, mas tristes y solos entre la multitud que antes en la soledad, permanecíamos ocultos en un intercolumnio del pórtico, como viajeros perdidos en noche de tormenta, que llegan á pedir hospitalidad á un castillo, cuyo puente levadizo tardan en bajar.—En esta situación, vimos á lo lejos y á la plena luz de la luna á Jussuf, al incomparable marroquí, vestido con su mejor levita y su descomunal sombrero de copa, que se paseaba filosóficamente llevando una franquesa colgada de cada brazo,—doncellas del hotel sin duda.

Así oímos las doce, la hora solemne, y así pasamos otra media hora.—La puerta de la iglesia no se abría: la noche refrescaba cada vez mas: yo no estaba bueno. Por otra parte, teníamos que madrugar mañana para ir á San Pedro y ver al papa de pontifical... ¿Qué era la función de esta noche, comparada con la que nos prometíamos?

Volvimos, pues, á casa; tomamos té como cualquier otra noche... he escrito esta pobre carta, y he aquí que voy á dar permiso al alma para que vuele á otros países á pasar el resto de la noche en compañía de las personas de su predilección.

VI.

El Papa de Pontifical.

Roma 25 de diciembre.

Guadix fue una importantísima colonia de los romanos; despues, en poder de los moros, llegó á ser hasta capital de un reino; verificada su conquista por los Reyes Católicos, aun conservó durante tres siglos algunos aires señoriles, y allá por el año de 8, cuando vinieron los franceses, los graves señores que com-

ponían su ayuntamiento vestían sendas capas de grana, ceñían espadín y se cubrían con sombrero de tres picos.—Yo he alcanzado á conocer la capa de grana de mi abuelo, que se conservaba en mi casa como una reliquia, y que nosotros, los hijos de 1833, irreverentes á fuer de despreocupados, dedicamos á mil usos en nuestros juegos infantiles.—Como quiera que sea, cuando yo vine al mundo, Guadix era ya una pobre ciudad agrícola... menos que agrícola... una ciudad de colonos.—Los duques y marqueses, á quienes se repartió su territorio despues de la conquista, y cuyas grandes y ruinosas casas coronadas de torres se ven todavía en las principales calles, se habían ido á vivir á Granada ó á la corte de las Españas: los otros pobladores empezaban á confundirse con la plebe, á consecuencia de la desvinculación que había fraccionado sus caudales: las órdenes religiosas, dueñas de la mitad de la riqueza, habían sido suprimidas y vendidos sus bienes: el provincial, su ilustre batallón provincial, se hallaba en Navarra ó Cataluña peleando contra el pretendiente: el ayuntamiento veía limitadas sus atribuciones: los antiguos corregimientos no existían: todo el mundo vestía ya de paisano, sin capa de grana ni espadín: los tradicionales gremios pertenecían á la historia: la *Alcazaba* era un montón de ruinas.

De la antigua grandeza solo quedaba en pie un monumento, y ese era la catedral. La catedral, bella, artística, rica, gobernada por ilustres prelados y sabios cabildos, descollaba sola entre las ruinas romanas, árabes y semi-feudales. La catedral era el único palacio habitado, el único poder que conservaba su primitivo esplendor y magnificencia, el alma y la vida de Guadix.

En ella recibí yo mis primeras impresiones artísticas. Ella me dió idea del poder revelador de la arquitectura: allí oí la primera música: allí admiré los primeros cuadros. Allí también, en las grandes solemnidades, brillaron ante mis ojos las maravillas de lujo, el tisú, el brocado, el oro, la pedrería, ora en los cálices, ora en los ornamentos, ora en las vestiduras. Allí, entre nubes de incienso, al fulgor de millares de luces, al son del órgano, escuchando las concertadas voces de los cantores y los gemidos de los violines de la capilla, entreví el arte, soñé la poesía, adiviné un mundo diferente del que me rodeaba en la ciudad. Y museos, teatros, monumentos arquitectónicos; conciertos, alcázares dorados, espectáculos brillantes, todo cruzaba por mi imaginación como una profecía; todo palpitaba en mis entrañas, cual si un ser misterioso se despertase dentro de mí; todo se me revelaba de la manera que los fulgores de la gloria brillan á los ojos de los estéticos.

Así, pues, las maravillas de la tierra, el sentimiento de las artes, el *sursum corda* de la poesía, se manifestaron en mi existencia en horas de mística devoción; y la fe y la belleza, la religiosidad y la inspiración, la ambición y la piedad nacieron unidas en mi alma, como raudales de una sola fuente.—Figúrate, por tanto, amigo mío, la profunda emoción que me habrá producido, y que embarga todavía mi ánimo, la solemne, grandiosa, verdaderamente sublime ceremonia que acabo de presenciar en la Basílica de San Pedro: figúrate lo que